

EL SENTIDO DE LA CARITATIVA

FINALIDAD ■ CONSECUENCIAS ■ DIRECTRICES



EL SENTIDO DE LA CARITATIVA

FINALIDAD ■ CONSECUENCIAS ■ DIRECTRICES

Traducción de la primera edición publicada en Milán en 1961

En portada: Masolino, *San Pedro. La curación del ojo*. Capilla Brancacci, Florencia

© Fraternidad de Comunión y Liberación, Via De Notaris, 50 - 20128 Milán
Edita Asociación Cultural Huellas

Traductor de la revisión: Guadalupe Arbona / Alfonso Calavia

Maquetación: Imán Comunicación Agencia Hiperactiva, S.L.

Impreso en julio de 2018 por Artes Gráficas, Cofás S.A.

ISBN: 978-84-09-03686-8

Casi sesenta años después de la primera edición –publicada en Milán en 1961 a cargo de Gioventù Studentesca– este breve texto conserva intacto su valor de reclamo en el contenido y método de la caritativa.

FINALIDAD

I

Partimos de que el interés por los demás es una *exigencia* propia de nuestra naturaleza.

Lo sabemos porque cuando experimentamos algo hermoso, nos sentimos empujados a comunicarlo a los demás; cuando vemos a otros que están peor que nosotros, nos sentimos empujados a ayudarles con algo nuestro. Esta exigencia es original y natural en el hombre; prueba de ello es que la descubrimos antes de ser conscientes de ella y de considerarla –con razón– como una ley de la existencia.

Vamos a “la caritativa” para satisfacer esta exigencia.

II

Cuanto más vivimos esta exigencia y este deber, más nos realizamos a nosotros mismos. Al entregarnos a los demás, experimentamos que nos vamos completando. Tanto es así que, si no logramos darnos, nos sentimos disminuidos.

Interesarnos por los demás y entregarnos a ellos nos permite cumplir el deber supremo de la vida –más aún, el único–, que es realizarnos a nosotros mismos, que nuestra vida se cumpla.

Vamos a “la caritativa” para aprender a cumplir este deber.

III

Cristo nos hace comprender la razón profunda de todo esto al desvelarnos que la ley última del ser y de la vida es la caridad. Es decir: la ley suprema de nuestro ser es compartir el ser con los demás, compartir nuestro ser con los demás.

Solamente Jesucristo nos dice esto, porque Él sabe lo que es cada cosa, quién es Dios del que nacemos, qué es el Ser.

Puedo entender la palabra “caridad” completamente cuando pienso que el Hijo de Dios, al amarnos, no nos envió sus riquezas –como habría podido hacer, cambiando radicalmente así nuestra situación–, sino que se hizo indigente como nosotros, “compartió” nuestra nada.

Nosotros vamos a “la caritativa” para aprender a vivir como Cristo.

CONSECUENCIAS

I

La caridad es la ley del ser y es anterior a cualquier simpatía o conmoción. Por tanto, hacer algo por los demás tiene un valor en sí mismo y puede hacerse incluso sin entusiasmo. Podría perfectamente no producirse ningún resultado “concreto”. La única actitud “concreta” para nosotros es la atención a la persona, la consideración a la persona, es decir, el *amor*.

Todo lo demás puede surgir como consecuencia: igual que Jesús nos amó y, *después*, hizo milagros y dio de comer a la gente.

Para que nuestra apertura a los demás sea verdadera, cabe mencionar dos puntos de partida que a veces *no están claros*:

1. *Socorrer las necesidades ajenas*

¡Es un punto de partida incompleto! ¿Cuál es la necesidad del otro?

Este planteamiento es ambiguo, pues depende de lo que nosotros consideremos “su necesidad”. ¿Y si lo que yo les llevo no es lo que de verdad necesitan? Yo no sé qué es lo que necesitan; es una medida que no conozco, es una medida de Dios. Por eso, las “leyes” y las “justicias” pueden aplastar al otro si olvidaran la única realidad “concreta” que existe: la persona y el amor a la persona.

2. La amistad

Como punto de partida es un motivo incompleto porque puede ser ambiguo.

La amistad es una correspondencia que se puede dar o no; es un acontecimiento que no es esencial para la acción ahora, aunque sí lo es para nuestro destino final.

II

Acercarnos a los demás libremente, compartir un poco de su vida y poner en común algo de la nuestra nos hace descubrir algo sublime y misterioso que solo se comprende haciéndolo.

Descubrimos, precisamente porque les queremos, que *no somos nosotros quienes les hacemos felices*; y que ni siquiera la sociedad más perfecta, el organismo más sólido legalmente, el planteamiento más inteligente, la riqueza más ingente, la salud más férrea, la belleza más pura y la civilización más “educada” podrán jamás hacerles felices.

Es Otro quien puede hacerlo. ¿Quién es la razón de ser de todo? ¿Quién lo hace todo? Dios.

Entonces Jesús deja de ser simplemente quien me anuncia la palabra más verdadera o quien me explica la ley de mi humanidad

y de la realidad que me rodea, ya no es solo la luz que ilumina mi mente: descubro que Cristo es el sentido de mi vida.

El testimonio de quien lo ha experimentado es precioso: «Sigo yendo a la caritativa porque espero que tengan un sentido su sufrimiento y el mío».

Esperando en Cristo, todo tiene un sentido: Cristo.

Esto es lo que descubro finalmente yendo a “la caritativa”. Precisamente atravesando la impotencia última de mi amor: es la experiencia en la que mi inteligencia ahonda en la sabiduría, se adentra en una verdadera cultura.

III

Pero Cristo está presente ahora: no “estuvo”, no “nació”, sino que “está”, “nace” hoy, es la Iglesia. La Iglesia es Cristo, presente ahora, tal como él ha querido.

Y la Iglesia es la comunidad que formamos nosotros, con todos nuestros límites, pobres hombres pero pegados a Él.

Por eso nos sostiene la esperanza: Dios mismo está entre nosotros, está presente entre nosotros.

En un encuentro, uno de nuestros chicos dijo: «Sigo yendo a la caritativa porque estáis vosotros». ¡Es cierto! Es exactamente el sentido de la comunidad eclesial, el sentido que tiene nuestro estar juntos, lo que nos hace seguir hoy entre los minusválidos, los ancianos, los indigentes, con cualquiera que pase necesidad, y mañana en la fábrica, en la ciudad, en Europa, en el mundo, que es grande y Lo espera.

DIRECTRICES

Es preciso hacer referencia continuamente al movimiento; de lo contrario perderíamos fácilmente la tensión por buscar la razón profunda de lo que nos sostiene a la hora de ayudar a los demás, y también cederíamos más fácilmente al desánimo, al cansancio y a la infidelidad.

La *fidelidad* para seguir las indicaciones del movimiento –de sus responsables– es nuestro primer mérito y dará su fruto.

Las directrices que Comunión y Liberación da con respecto a la acción caritativa son tres:

1. *Saber por qué*

Hasta que no sepamos bien, con claridad y sencillez, el porqué de nuestra actividad caritativa, la finalidad que perseguimos, no podemos quedarnos tranquilos. Nuestro fin es sacar a la luz el sentido de lo que hacemos, solo así podremos ser fieles a este gesto que

nos educa en la caridad, incluso cuando nos falte el entusiasmo o el gusto.

Es necesario, por tanto, preguntar en nuestras reuniones, conversar en los grupos, con los responsables de la comunidad, con las personas más vivas y maduras. Y, sobre todo, confrontarse cada cierto tiempo con la guía del movimiento.

2. Obrar para comprender

Para comprender no basta *saber*: hay que *obrar* con ese coraje de la libertad que consiste en adherirse al ser que se ve, es decir, a la verdad.

Si la ley de la existencia es compartir nuestro ser con los demás, debemos compartirlo todo, en cada instante.

Esta es la madurez suprema, que se llama humanidad o santidad. Para educarnos en este ideal, lo que más nos ayuda no es sentirnos obligados por las circunstancias ni cumplir con el “deber” en el sentido habitual.

Lo que me educa es cómo dispongo de mi tiempo libre. Lo que me da la medida exacta de mi disponibilidad a los demás es el uso que hago de ese tiempo que es solo mío, en el que puedo hacer “lo que quiera”. Así adquirimos una *mentalidad*, un modo casi instintivo de concebir la vida entera como una forma de compartir.

El breve tiempo libre redime todo lo demás y, poco a poco, yendo a “la caritativa” se comienza a comprender mejor al compañero de clase o de trabajo o a los padres.

Durante la juventud es cuando podemos asimilar con agilidad esta mentalidad. Además, solo cuando empezamos a obrar, cuando empezamos a dar parte de nuestro tiempo *libre* en un ejercicio integral de nuestra libertad, es cuando la caridad cristiana se convertirá en mentalidad, en convicción, en una *dimensión* permanente.

Debemos advertir que no nos interesa en primer lugar la multitud de actividades ni la cantidad de tiempo libre que dedicamos a la caridad. Nos interesa que crezca en nuestra vida la capacidad de compartir, que madure en

nuestra conciencia el valor que tiene compartir, al menos mediante *algún* gesto, aunque sea mínimo y a condición de que se organice previamente y se lleve a cabo. Para empezar, bastaría con ir una vez al mes. En lo que se refiere a la periodicidad del compromiso es bueno consultarlo con quien puede aconsejarnos correctamente en la comunidad.

3. Orden

Es nuestro *tiempo libre* lo que tenemos que comprometer (y del modo más profundo posible). Para hacer la caritativa con un orden tenemos que respetar dos condiciones:

- a) Que nuestro empeño no menoscabe el *estudio* (o el *trabajo*).
- b) Que no faltemos al *sentido común* en la relación con la *familia*.

También en este sentido el diálogo personal con la familia y con la autoridad del movimiento nos ayudará a identificar el criterio para definir el uso adecuado de nuestro tiempo libre.

